

EL MILAGRO DE LA VIDA

Isabel Pavón

Se ha producido el milagro de la vida, tan natural, tan noble, tan sublime. Con sumo cuidado el perfecto y diminuto cuerpo reposa sobre las palmas de sus manos. Ambos están envueltos en alegres prendas de ilusiones. Cada uno disfruta del aroma particular del otro. Cierran los párpados para conocerse por dentro, para percibirse de otro modo sin la intervención del sentido de los ojos, para soñarse en el presente y en el futuro. Atrás quedaron los cambios de luna. El pasado ya no cuenta. Desapareció de la memoria aquel momento en que la mujer se rompía por dentro.

La vida avanza rápida entre ilusiones. El bebé confía tranquilo entre los brazos de su madre. El parto fue duro pero valió la pena descubrir el regalo que trae consigo el dolor supremo. Lejos quedaron las lágrimas, la incertidumbre.

Se miran y se gustan. Se contemplan y se reconocen. Un beso sella el amor que la mamá profesa al infante. Son muchos los besos y caricias que ha soñado darle. Le ama desde el mismo momento que decidió concebirle. Es a la vez un cariño nuevo y antiguo. Un incondicional cariño que perdurará hasta después de la muerte.

El niño alcanza la cara de su madre. Aún no sabe hablar pero ella entiende a la perfección ese gesto de complicidad. Está convencida de que el futuro de su hijo depende de ella y siente un miedo atroz. Se sobrecoge.

No se cansan de estar juntos, de compartir calor. De sus pechos florece templada la leche más dulce. Fluye el consuelo, la seguridad de estar protegido y la llamada a la somnolencia. Ambos descansan sin dejar de quererse.

Durante el sueño, ella retorna a su niñez, a los cuidados de su madre. De igual forma se reconoce en aquella mujer que se ha convertido en abuela. La memoria le trae consejos olvidados o almacenados para cuando llegara este momento.

Momento de maternidad y santa locura.